

marcha con un canto estrepitoso, cuya letra decia asi:

“Mi buen camarada es  
El pequeño moro negro;  
Cuando la noche está oscura,  
Y en torno reina el silencio,  
Bajo las ramas que forman  
El ancha copa del tejo.

Este árbol lo plantó  
El padre Cam, y no es cuento;  
Criándole tan robusto  
Con el rocío sangriento  
De una veintena de chicos  
Al ir su raza creciendo.

Pasando en fiestas la noche,  
Cada mechón de cabellos  
Arroja una viva lumbre,  
Cada talón brota fuego:  
E inútiles son las lámparas  
Si está inflamado el aliento.”

Interrumpió de repente su canto una especie de gruñido que sonó casi bajo sus piés, y vió á un animal salvaje que huía ante él. Juba no mostró la menor sorpresa, limitándose á sacar del bolsillo un ídolo de metal, á decirle en voz baja algunas palabras y á presentarlo

al animal. En seguida trepó á lo alto del camino, llegó a la puerta de la ciudad, y se dirigió á la habitación de su tío, que estaba próxima al templo de Astarte.

## CAPITULO V.

La casa de Jucundo estaba cerrada cuando Juba llegó; de otro modo hubiérais visto, supuesto que le acompañáis, uno de los almacenes mas magníficos de Sicca. Era el museo de la ciudad, y allí habia de venta, no solo artículos de estatuaria, sino bronce, mosaicos, joyas, todo dedicado al servicio del paganismo. Estaba brillante con los mil colores que adornaban las imágenes y las muchas luces que reflejaban la plata, el oro, el bronce, el marfil, el alabastro, el yeso, el talco y el vidrio. Los estantes y los gabinetes estaban llenos de mercaderías, no menos preciosas por su riqueza que por la perfeccion de su trabajo. Todos los gustos se hallaban allí reunidos: el popular y el refinado, la moda del día y el amor á lo antiguo, lo clásico y lo bárbaro. En

el almacén de Jucundo se veían los groseros símbolos de poderes invisibles que, hijos de la infancia del arte, habían sido perpetuados por el respeto á lo pasado: el misterioso cubo de mármol venerado entre los árabes, la columna que figuraba á Mercurio ó á Baco, el cono de Heliogábalo, notable por su ancha base, la pirámide de Páfos y la teja ó ladrillo de Juno. Había también informes trozos de piedra con cabezas de hombre que se vestían lujosamente para simular la forma humana, y otros artículos tan fáciles de trasportar como difíciles eran los anteriores: estatuillas de Juno, Mercurio, Diana y la Fortuna, con que se adornaba el pecho ó el ceñidor, dioses Lares y otros objetos de devoción personal, como Minerva y Vesta, con hermosos nichos ó urnas. Asimismo se vendían coronas de metal ó *nimbi*, cuyo destino era proteger la cabeza de los dioses contra los murciélagos y los pájaros; sortijas con la imagen de Júpiter, de Marte, del Sol, de Serapis, y sobre todo, de Astarte; anillos y sellos de los Basilidianos; amuletos de madera ó de marfil; figuras de demonios de una fealdad enorme; esqueletos pe-

queños y otras mil invenciones supersticiosas. En fin, os hubiera sido difícil no hallar allí algo que os agradase, cualquiera que fuese vuestra denominación religiosa, á menos que no estuviésteis decidido á desechar indistintamente todos los objetos de idolatría; y en tal caso os alegrarais de llegar por la noche, y de que la oscuridad ocultase á vuestras miradas multitud de figuras y de emblemas del culto pagano, que no merecían ver la luz, y que las tinieblas debieran encubrir hasta el día en que todas las cosas, buenas y malas, sean espuestas á los ojos del universo entero.

El almacén, como hemos dicho, estaba cerrado, y lo ocultaban á la vista anchos y fuertes postigos asegurados por gruesas trancas de madera. Así habremos de entrar por el vestíbulo ó pasadizo de la derecha, que nos conducirá á un modesto *atrium*, con un *impluvium* á un lado, y al otro el *triclinium* ó comedor, detrás del almacén. Jucundo se encontraba agradablemente ocupado en un modesto festín; y siendo de dictamen que el mejor adorno de un *symposium* son las Gracias y las Musas, se había limitado á convidar dos amigos:

el jóven griego Ariston, uno de sus principales artistas, y Cornelio, hijo del liberto de un romano de distincion, que acababa de ser empleado en uno de los *scrinia* del *officium* proconsular, y habia dejado la imperial ciudad, donde pasara sus mejores dias, para ir á establecerse en provincia.

Los manjares no hubieran sido totalmente del gusto de los gastrónomos modernos. Las uvas de Tacape y los dátiles del lago Tritónide, los higos blancos y negros, los abridores y las sandías, halagarian la imaginacion de un inglés tanto como la de un africano del siglo III. Tampoco habria desdeñado el licor estraido de la sávia ó miel de la palma de Getulia, y el vino dulce llamado *melilotus*, hecho del fruto poético hallado en las costas de Sirte. Tambien le hubiera parecido muy sabroso el castrado; mas preguntará qué venian á ser las colas de carnero antes de comerlas, encontrando luego que la sustancia sólida de que se componia era semejante al tuétano. Así mismo rindiera homenaje á los huevos de los sargos de Mauritana, prensados y secos; pero hubiera reeapacitado dos veces antes de probar

las costillas de leon, aunque tuviesen el humillo de la ternera, y por añadidura el *gusto* de haber pertenecido á los parques reservados del emperador. Sobre todo, cuando hubiese visto el plato indígena, el verdadero *haggis* y *cock-a-leeky* de Africa, en la forma de. . . ¡Ay! ¡Ay! *fuera* es decirlo, con cualquiera palabra que sirva de apología por su introduccion) en la forma de un delicado perrito, servido con tomates y llevando la cabeza entre las patas delanteras, probablemente se habria levantado de la mesa en la persuacion de que asistia al festin de alguna bruja del vecino bosque. Sin embargo, ningun Breton estaba sentado á aquella mesa; pues á la sazón los Bretones se ocupaban en faenas muy distintas por las noches, como pintarse el cuerpo con pastel, ó sumergirse hasta la barba en los pantanos, de suerte que nada alteró la armonía del banquete, ni el buen humor y la grata conversacion que debian acompañar á tan sabrosos manjares.

Cornelio habia asistido el año precedente á los juegos seculares, y estaba prendado de ellos, de Roma y de sí mismo, cosa propia de un pisaverde del

periodo imperial. Lleno aun de las ideas patrióticas que tan solemne fiesta habia escitado en su ánimo, exclamó:—¡Oh gran Roma! eres la primera de las ciudades y sin segunda. En el maravilloso espectáculo que estos ojos contemplaron el año anterior, he creído ver su magestad personificada y su inmortalidad prometida. Nosotros morimos, ella vive. ¿Qué importa que el hombre muera? Bien puede beber la cicuta, ó abrirse una vena, despues de haber visto los juegos seculares. ¿Qué es la vida ya para él? Yo lo he experimentado: mi vida ha concluido; sus mejores dones me parecen sosos, insípidos despues de aquel gran dia. ¡Escelente! Tauromenio, ¿no es verdad? ¡Llenad mi copa! ¡Al genio del emperador!

Entusiasmado como estaba con su asunto, prosiguió diciendo:—Figuraos el campo de Marte iluminado de uno á otro extremo. Presentaba el mas hermoso espectáculo del mundo. Una llanura de una estension inmensa, no cubierta de calles ni de bosques, sino sembrada de soberbios edificios, rodeados de sotos, calles de árboles y verdes alfombras hasta tocar con el agua. Nada fal-

taba allí. ¿Deseais los mayores templos del mundo, los mas vastos pórticos, los mas espaciosos hipódromos? ¿Quereis gimnasios, arcos de triunfo, estátuas, obeliscos? Allí están. A un lado teneis el admirable mausoleo de Augusto, revestido enteramente de mármol blanco, y á la misma orilla del rio la mole gigantesca de Adriano. Al otro lado el magestuoso panteon de Agripa, con sus espléndidas columnas de Siracusa, y su cúpula en que brillaban tejas de plata. Cerca de allí están los baños de Alejandro con sus hermosos jardines. ¡Ah! ¡mi buen amigo! No tendré tiempo para beber, si continúo. Mas allá se elevan las muchas capillas y templos que guarnecen la base del Capitolio; en seguida la columna de Antonino, con su basílica adyacente, donde se conserva la lista auténtica de las provincias del imperio y de los gobernadores que van á ellas á ostentar el poder y dominio de un ery. Aun estoy al principio de mi descripcion. Figuraos, digo, esta magnífica llanura toda iluminada; cada templo, cada baño, cada soto brillando con innumerables lámparas y antorchas. No, ni aun los dioses del Olimpo tienen nada que

se acerque á esto. Roma es la mayor de todas las divinidades. En medio de la noche todo estaba vivo; y á la misma hora en que la naturaleza fatigada se sumergía en el sueño, Roma empezaba sus solemnes sacrificios en conmemoracion de sus mil años de existencia. A orillas del Tíber que habia visto á Eneas abordar y á Rómulo subir á los cielos, la roja llama se elevó de la pira en que ardian las víctimas; y en el momento rompió la música de diez mil trompas y flautas, y comenzaron las sagradas danzas en la verde alfombra. Yo soy demasiado viejo para bailar; pero, os lo aseguro, no pude resistir y me lancé con los demas. Bailamos tres noches, á la salida del viejo milenario y á la entrada del nuevo. Todos éramos romanos; ni un extranjero, ni un esclavo. Era una solemne fiesta de familia: la fiesta de todos los romanos.

—Tambien nosotros formábamos parte de ella, dijo Ariston, porque Caracalla concedió el derecho de ciudadano romano á todos los hombres libres del mundo. Todos somos romanos, Cornelio.

—¡Oh! eso fué pura condescendencia,

respondió Cornelio. Sí, en cierto sentido os lo concedo; pero fué un acto de política.

—Indudablemente, replicó Ariston, y de fina política. Debíamos ser esquilados, ¿no es verdad? Y por eso vuestro gobierno imperial nos hizo á todos romanos, pues así pagamos las contribuciones que gravitan sobre los romanos, y ademas los impuestos peculiares á nuestro país. Pagamos doble; y en cuanto al privilegio del derecho de ciudadano, es muy importante, por Hércules, cuando cualquier badulaque lo posee con tal que pueda usar un *pileus* ó peinar su cabellera.

—¡Oh! prosiguió Cornelio, ¿si habiérais visto la comitiva que salió del Capitolio el segundo dia, si no estoy olvidado, y que se encaminó al Circo, bajando por la vía Sacra! Habia oleadas de extranjeros y provinciales, procedentes de los cuatro extremos de la tierra, pero ninguna formaba parte de la comitiva. De una sola *ojeada* veíais allí toda la verdadera buena sangre de Roma, la sangre joven de la nueva generacion, la esperanza de lo porvenir: los hijos de familias patricias y consu-

lares, de emperadores, oradores, conquistadores y hombres de Estado. De estos hermosos jóvenes algunos iban á la cabeza de la comitiva, cabalgando seis de frente; pero el mayor número iba á pié. Seguían los caballos de carrera, los carros, los púgiles, los luchadores y otros combatientes, todos preparados para la competencia. Detrás se veía la escuela entera de gladiadores, discípulos y maestros, vestidos con túnicas encarnadas y espléndidamente armados. Formaban tres cuerpos y se adelantaban llenos de alegría, bailando y cantando la Pírrica. Durante los juegos combatieron mil parejas de gladiadores, nada menos, todas personas robustas y de buen talle. ¡Con qué gallardía marchaban uno contra otro! Debiérais haberlos visto, pues no es posible que os dé una idea de tal espectáculo. Había también una banda de sátiros, remedando con saltos y zancadas las marciales danzas de los que les precedían; una multitud de trompeteros; sacrificadores con sus víctimas, que consistían en toros y carneros, adornados de bonitas guirnaldas; conductores, degolladores, arúspices, heraldos;

imágenes de dioses con sus carros de marfil ó de plata, tirados por leones ó elefantes domesticados. No recuerdo el orden que llevaban. ¡Oh! pero lo que sobrepujaba á todo era el *Cdrmen*, cantado por veintisiete jóvenes nobles y otras tantas doncellas, escogidas expresamente en las familias más ilustres para hacer propicios á los dioses de Roma. Los flámines, los augures, los colegios de sacerdotes, no tenían fin. Cerraba la marcha el emperador.

—Sí, el último, observó Jucundo, Filipo. Si cuanto se dice de él es verdad, ha acertado en morir.

—Todos los emperadores son buenos en su tiempo y á su manera, respondió Cornelio: ¡Filipo era bueno entonces y Decio es bueno ahora! Que los dioses le conserven.

—Cabal, dijo Ariston, os comprendo; un emperador no puede hacer mal sino cuando se muere, y entonces lo hace por completo; su muerte es su primera mala acción; debiera avergonzarse de ella, pues á veces convierte todas sus grandes virtudes en vicios.

—¡Ah! no ha habido mejor emperador que nuestro Gordiano, dijo Jucun-

do; anciano respetable durante su vida y despues de su muerte, protector del comercio y de las artes. ¡Qué quintas las suyas! Tenia rentas enormes. ¡Cuánto echo ménos á aquel buen anciano y tambien á su hijo! Jamás olvidaré el dia en que supimos que habia muerto. Fué..... dejad que me acuerde..... Poco despues de la muerte de Estrabon, ese viejo loco.... mi hermano, quiero decir; hara unos trece años. Toda el Africa lloraba; no ha habido mas que un Gordiano.

—Filosofia rancia, dijo Ariston; Jucundo, deberíais ir á la escuela. ¡No veis que todo lo que existe es bueno, y que todo lo que ha dejado de existir es malo? *Te nos fascimus, Fortuna, deam* (1), dice vuestro poeta; pues bien, yo bebo á la salud de la fortuna de Roma.... mientras dure.

—Sois jóven, replicó Cornelio, sí, muy jóven, y además sois griego. Los griegos no han comprendido nunca á Roma. Es difícil comprendernos; raya en ciencia. Mirad esta medalla, jóven; es de las que se acuñaron para los juegos.

(1) Te hacemos diosa, ¡oh Fortuna!

¿No es magnífica? *Novum saeculum*; y por el reverso, *Aeternitati*. Siempre cambiando y sin perecer jamás. Suben y bajan emperadores, y Roma permanece en pié. ¡Roma, la ciudad eterna! ¿No es buena filosofia esta?

—A la verdad, la medalla es muy hermosa, dijo Ariston examinándola y pasándola á manos de su huésped. Pudiérais hacer de ella un amuleto, Jucundo. Pero, en cuanto á la eternidad, es una palabra demasiado retumbante; y si no me equivoco, otros Estados han sido eternos antes que Roma. Diez siglos forman una eternidad muy respetable; así, Roma es ya eterna, y puede morir tranquilamente sin perjudicar en nada á la medalla.

—No blasfemeis, repuso Cornelio, Roma está mas fuerte, mas llena de vida y promete hoy mas que nunca, os lo aseguro. *Novum saeculum!* Tiene la edad del águila, y no hará mas que renovar sus alas para empezar otra decena de siglos.

—Pero el Egipto, interrumpió Ariston, si no miente el viejo Herodoto, tuvo apenas principio. Cuanto mas retrocedais en el orden de los tiempos, mas

dinastías egipcias encontrareis. Esto, sin mencionar las historias extraordinarias que se nos cuentan de las naciones situadas en el remoto Oriente, al otro lado del Ganges.

— Os repito, querido, replicó Cornelio, que Roma es una ciudad de reyes. En este solo año ha poseído de una vez mas reyes que los que contienen todas las dinastías egipcias juntas. Sesostris y todo su séquito. ¿que valen en comparación de los emperadores, prefectos, procónsules, *vicarii* y *rationalis*? ¿Considerad en lo pasado los Lúculos, los Césares, los Pompeyos, los Silas, los Titos, los Trajanos! ¿A qué se reduce la antigua pirámide de Cheaps puesta al lado del anfiteatro de Vespasiano? ¿Qué es la Tebas de cien puertas comparada con la casa dorada de Neron, cuando ésta existia aún? ¿Qué el mayor palacio de Sesostris ó de Tolomeo, sino una quinta de segundo orden, como las que poseen diez mil ciudadanos romanos? Nuestras casas ocupan fanegadas de tierra; son tan altas como las torres de Babilonia; abundan en columnas como un bosque en árboles; están llenas de estatuas y de cuadros. Las

paredes, los pavimentos y los techos deslumbran con el brillo de los mármoles mas raros, encarnado y amarillo, verde y jaspeado. Fuentes de agua perfumada brotan del suelo, y peces nadan alrededor de nuestras salas en canales de roca, aguardando que se les coja y aderece para nuestras mesas. En nuestros banquetes se sirven cabezas de avestruces, sesos de pavos reales, hígados de sargos, leche de murenas y lenguas de flamings. Un enjambre de palomas, ruiseñores y becafigos se reunen en un solo plato. En las grandes solemnidades comemos un fénix. Nuestras cazuelas son de plata, nuestra vajilla de oro, nuestros vasos de ónice y nuestras copas de piedras preciosas. Las colgaduras y alfombras de nuestras habitaciones son de púrpura tiria, y dormimos en lechos de marfil. Los vinos mas esquisitos de Gresia é Italia coronan nuestras copas, y flores exóticas nuestras cabezas. Mientras dura el banquete, cuadrillas de bailarines, lidios, ó bufones de Alejandría, entran á recrear á la vez los ojos y el entendimiento, ó nuestras matronas y doncellas nos acompañan á la mesa: se lavan en leche de



burra, se visten delante de espejos tan anchos como estanques de peces, y brillan desde la cabeza hasta los piés, con peines, collares, brazaletes, pendientes, sortijas, ceñidores y chinelas, cargadas de esmeraldas y diamantes. Nuestros esclavos, que pueden contarse por millares, nos llegan de las cuatro partes del mundo. Todos los objetos raros y preciosos van á parar á Roma: la goma de Arabia, el nardo de Asiria, el papiro de Egipto, la madera de limonero de Mauritania, el bronce de Egina, las perlas de Bretaña, el paño de oro de Frigia, los tejidos finos de Cos, los bordados de Babilonia, las sedas de Persia, las pieles de leon de Getulia, la lana de Mileto, las capas de las Galias. De este modo vivimos como un pueblo verdaderamente imperial, sin hacer mas que divertirnos y pasar en fiestas todo el año: al cabo nos morimos. . . . y entonces se nos quema, sí, se nos quema. . . . en piras de cinamomo y casia, y en mortajas de *arbustos*, enfática conclusion de una brillante vida. ¡Tales somos los romanos, gran pueblo! Se nos honra donde quiera que vamos; en todas partes soy árbitro de mí mismo. Cuando lle-

gamos aquí de Italia, seguro que fuimos adorados casi como semi-dioses.

—Y tal vez algun hermoso dia, dijo Ariston, Roma misma arderá en el cinamomo y la casia, y la venerable madre con todo su bronce de Corinto y su magnífica escarlata, seguirá á sus hijos á la fúnebre pira. No es desconocida la historia de Babilonia y de sus fosos que desecaron los soldados Persas.

Interumpió la conversacion la entrada de uno de los esclavos de Jucundo que traia nuevo vino, copas mayores y un vaso de nieve del Atlas.

---

## CAPITULO VI.

Cornelio estaba demasiado lleno de su asunto y no prestó la menor atencion á las palabras del griego.—La casa de fieras, continuó, ¡oh Ariston! ¡esa casa era un espectaculo digno de los dioses! Veintidos elefantes, diez panteras, diez hienas, fiera de nueva especie, pero que aquí probablemente no os es desconocida, diez leopardos, un hipopótamo, un rinoceronte. . . . No puedo concluir la